

Las Memorias de Mamá Blanca de Teresa de la Parra
Una novela femenina para la esperanza
Las Memorias de Mamá Blanca de Teresa de la Parra.
A feminine novel for hope
As memórias de Mamãe Branca de Teresa de la Parra.
Um romance feminino para a Esperança

Elizabeth Vejarano Soto

Resumen

En el presente ensayo se articulan puntos clave para darle sentido al tema de **la esperanza femenina**, que inspira en toda su magnitud a la novela *Las Memorias de Mamá Blanca* de Teresa de la Parra: **la Sororidad**, para ilustrar que las alianzas entre mujeres son la ruta de la solidaridad y el liderazgo femenino frente a la hegemonía patriarcal; **la figura ausente/política del padre** y sus consecuencias en la estructura familiar y en la convivencia social y **la relación con la madre, portadora del saber patriarcal**, pero también **fuentes de la lengua viva**: lengua madre y por ello fundadora de mundos femeninos.

Palabras Clave:

Sororidad, Lengua madre, esperanza femenina, ausencia del padre.

Abstract

The present essay articulates some key points to make sense of the topic of feminine hope that inspires *Las Memorias de Mamá Blanca de Teresa de la Parra*: sorority. This illustrates that alliances between women are the path of solidarity and feminine leadership facing patriarchal hegemony. The political and absent figure of the father is portrayed, as well as its consequences for family structure, social life together and the relationship with the mother - carrier of patriarchal knowledge, but also the source of living language: mother tongue, and thus, founder of feminine worlds.

Key words

Sorority, mother tongue, feminine hope, absence of the father.

Elizabeth Vejarano Soto

Resumo

No presente ensaio se articulam pontos clave para dar sentido ao tema da **esperança feminina**, que inspira com toda magnitude o romance *As Memórias de Mamãe Branca* de Teresa de la Parra: **a irmandade entre mulheres**, para ilustrar que as alianças entre mulheres são a rota da solidariedade e a liderança feminina frente à hegemonia patriarcal; **a figura**

ausente/política do pai e suas consequências na estrutura familiar e na convivência social e **a relação com a mãe, portadora do saber patriarcal** mas também **fonte de língua viva**: língua mãe e por isso língua fundadora de mundos femininos.

Palavras clave

Irmandade feminina, esperança feminina, ausencia do pai.

“Como al pasar los años, indiferentes, no se llevaron entre sus dedos raudales de belleza, de amor, ni de honores, no detesto los años pasados en mí, ni aquellos que aún no han pasado en los otros. El tiempo, al besarme los cabellos, me coronó tiernamente con mi propio nombre, sin nunca llegar a clavarme en el alma sus dientes de amargura: a los setenta y cinco años aún siento latir mi corazón ante la perspectiva de una excursión campestre en automóvil bajo el sol entre montañas, y mis manos tiemblan todavía de emoción y de impaciencia al desatar los lazos que anudan con gracia exquisita la sorpresa de un regalo.”

Memorias de Mamá Blanca
Teresa de la Parra

Introducción

Por medio de su obra, Teresa de la Parra les abrió el camino a las mujeres escritoras, con el estilo de su escritura íntima y personal, que se empezó a legitimar dentro del campo literario. En el proceso de su búsqueda en la escritura y con una constante crítica a los estilos de su tiempo (modernismo, naturalismo, realismo social, criollismo...), la autora

venezolana Teresa de la Parra fue desarrollando una escritura personal, a la que alude Douglas Bohórquez (1995) en su texto *Del diálogo de géneros y la melancolía*. El diario de María Eugenia Alonso en *Ifigenia* y ahora los manuscritos que dan origen a *Las Memorias de Mamá Blanca*, son estructuras, formas que traman la subjetividad de las mujeres, acostumbradas a que su voz fuera narrada por los hombres; ellas habían dejado en la intimidad esos papeles, cartas y diarios que contaban su historia personal y la historia de sus países.

Con ciertos datos biográficos, *Las Memorias de Mamá Blanca* de Teresa de la Parra no es una biografía, sino más bien una alegoría a un paraíso femenino, a una infancia permanente, la cual es fundamento renovador del suelo que pisa la lengua viva de la mujer. A pesar del tono melancólico de la narración, la autora no se está lamentando por un paraíso perdido, sino que nos exhorta a advertir que ese paraíso vive en nuestra propia lengua de mujeres y que puede ser muy fácil acallararlo con el discurso patriarcal si no nos reapropiamos de la lengua femenina. En esa lengua nutricia la mujer debe permanecer inscrita, haciendo conciencia de que la posee, pues es su mayor privilegio, un privilegio que puede ser heredado a otr@s y del que depende el cambio hacia una mirada más femenina de la vida, en las nuevas generaciones.

El poder Femenino y el cuerpo de las niñas en *Las Memorias de Mamá Blanca*

El poder de las mujeres que se descubre en la novela de Teresa de la Parra es matricentral. Ella describe un lugar idílico en la Hacienda Piedra Azul, ocupado por mujeres adultas, que armonizan la vida dentro de los avatares diarios; y por mujeres niñas, éstas últimas libres de la opresión de su cuerpo y de los imaginarios culturales hegemónicos que atraviesan su condición femenina.

...nosotras ocupábamos en escalera y sin discusión ninguna el centro de ese Cosmos. Sabíamos muy bien que, empezando por Papá y Mamá hasta llegar a las culebras, después de haber pasado por Evelyn y Candelaria, todos, absolutamente todos, eran a nuestro lado seres y cosas secundarias, creadas únicamente para servirnos (20)

En la novela es notable un dominio simbólico, representado en una saga de seis mujeres, que nacen heredando la condición de la madre. El cuerpo de estas niñas, en *Las Memorias de Mamá Blanca*, se nutre de la naturaleza, de su sabia elemental, que no discrimina a hombres y a mujeres en la magnanimidad de sus campos abiertos. El sol despejado y la placidez de los ríos, son espacios soberanos, donde cualquiera puede bañarse de universo. La armonía entre el ser y el hábitat natural radica en una posición de respeto y paridad. En la narración, los personajes viven episodios que se atisban muy distantes del padre colonizador, con su exterminio del otro y su obtusa creencia de tener la única verdad. No existe una radical dominación del medio ambiente por la mano del hombre, pues los personajes de la novela se benefician de las riquezas de la tierra, toman sus frutos, en una armonía disímil a la lógica feroz de la explotación industrial, que tanto critica Teresa de la Parra en *Las Memorias*... En los episodios que narran las aventuras de las niñas en el trapiche parece que las páginas transpiraran un olor pacífico, cuando el ser humano entra en contacto con los elementos naturales, sin pretender transfigurarlos, sino que contempla lo que le rodea y sigue el ritmo de las esencias, con una sensibilidad muy femenina: *El largo proceso del papelón, como cosa de la naturaleza y no de la industria, parecía hacerse solo, por obra bendita del tiempo necesario*(95).

Cada bloque de panela es un nacimiento y el trapiche tiene un cuerpo femenino, que da a luz la dulzura y la alegría, en consonancia con ese universo de mujeres planteado en la hacienda, libre de antagonismos.

Al no tener referencia de un varón hermano y sentir efímeramente las presencias masculinas de Vicente, Juancho y Daniel, además de la ausencia intermitente del padre, el grupo de niñas de la novela no internaliza un estereotipo claro de los roles o comportamientos delegados ideológicamente para su género, los cuales regularmente son asumidos desde la mirada de la diferencia. Por eso, cabe aquí la frase famosa de Simone de Beauvoir cuando dice que “*Una no nace mujer, sino que se hace mujer*”. Blanca Nieves y sus hermanas ven las conductas de las mujeres que las rodean, pero están libres de cualquier prejuicio que limite su goce. La vida en Piedra Azul es muy feliz para las pequeñas hermanas, porque allí son tan niñas y tan niños a la vez y esa eliminación parcial de

las diferencias las vuelve más creativas y positivas con su cuerpo en el mundo. Este cuerpo no es tapado ni ataviado, no se reduce a la inmovilidad dentro de la casa de muñecas.

Las niñas aspiran sabiamente el aire, siguiendo las recomendaciones de ese padre alejado, quien de todos modos está unido al escenario idílico de la novela y desarrolla una dinámica subjetiva que concibe al mundo con trazos diferentes a los de un patriarca de la ciudad burguesa. En el gobierno que ejerce el padre sobre sus hijas, tal vez sin proponérselo, les consiente acciones liberadoras, que son el eje que articula el mundo de estas niñas–mujeres, en una etapa tan importante de la vida:

...deben estar siempre al aire libre; no importa que se asoleen; bajo ningún pretexto debe ir nunca a Caracas (...) deben bañarse en agua fría y corriente; que nos las vistan demasiado; deben levantarse lo más temprano posible, e ir cuanto antes a tomar un vaso de leche al pie de la vaca (36).

Mamá Blanca reconoce que: *Estos preceptos eran admirables, no por las ventajas de la higiene física que hubiesen podido darnos, sino por las de higiene moral que en realidad nos ofrecían* (98).

En muchos hogares (hasta hoy) el andar ligeros de ropa o subirse a los árboles, entre otras cosas, son actividades permitidas sólo a los varoncitos, sujetos con licencia para experimentar conquistas en sus pequeños mundos. En la armonía sabia y originaria de la naturaleza que nos presenta Teresa de la Parra, donde el cuerpo de las niñas y el cosmos se funden, es evidente que preceptos atribuidos a la mujer como naturales a su feminidad no son más que papeles, representaciones enseñadas y aprendidas en el marco de la ideología dominante. Blanca Nieves y sus hermanas construyen sus juguetes como lo hacen los niños, se suben a los árboles como lo hacen los niños, se dan golpes con las compañeras de clase como lo hacen los niños.

Con este asunto genérico planteado, ¿qué nos querrá decir Teresa de la Parra al crear el universo de Piedra Azul? Podríamos pensar que hace un paneo por la cotidianidad femenina, en un espacio idílico, no fundamentado en la diferencia genérica radical, situación original a la existencia humana. Esta estación infantil, casi mitológica, de la identidad

Elizabeth Vejarano Soto

femenina divinizada, nos remonta a momentos ginecocráticos primitivos, donde había una convicción por los poderes de la tierra, cuya esencia femenina dotaba de su vitalidad a todas las cosas.

Teresa de la Parra hace una constante exaltación al primitivismo de los sentidos y su trato con el mundo, a la vida natural y sencilla; allí la mujer se hunde en la frescura del paisaje natural sin petulancia colonizadora:

Esto provenía quizás de nuestros conocimientos, siendo muy claros y muy arraigados, estaban limitados a nuestros sentidos, sin que jamás se aventuraran a traspasar por soberbia o ambición las fronteras de lo indispensable (20).

En la novela de Teresa de la Parra el mundo primitivo y el civilizado, el de la mujer y el del hombre, confluyen y fluyen, con el correlato católico de Dios–Padre, cuya estructura de poder se desdibuja en la desnudez de Eva y en su desobediencia incitada por los árboles y sus apetitosos frutos. Libres del temor de Dios, Blanca Nieves y sus hermanas, acolitadas por la tranquilidad de la madre y motivadas por la represión de Evelyn, viven la vida como un bonito juego de libertad:

...comiéndonos a escondidas (...) el mayor número posible de guayabas sin que Dios nos arrojará del paraíso cubriéndonos de castigos y maldiciones. El pobre papá (...) asumía el papel ingrátísimo de Dios (20).

Teresa de la Parra escribe una apología a la infancia permanente, a la esencia femenina que lleva el ser interior y que se preserva del mundo patriarcal del *Ánimus*¹: un estado donde no hay disputas hegemónicas,

¹ Los términos *Ánimus* – *Ánima* son creados por Carl Gustave Jung (1991) para explicar la psicología de las profundidades desde la naturaleza femenina y masculina que están en la psique de todo ser humano. Estos conceptos son retomados por Gastón Bachelard quien, en *La Poética de la Ensoñación*, cita a Paul Claudel, para explicar la diferencia de sentir la vida en *Ánimus* o en *Ánima*: “*En el fondo – dice el poeta- Ánimus es un burgués, tiene hábitos regulares; le gusta que le preparen los mismos platos. Pero (...) un día que Ánimus regresaba de improviso o quizás dormitaba después de cenar o quizás estaba absorbido en su trabajo, oyó a Ánima que cantaba sola detrás de la puerta cerrada: una curiosa canción, algo que él no conocía*” (104)

subyugación y codicia. Las mujeres de la novela viven en una suerte de *Ánima* profunda y alegre, que vibra en todo lo creado y miran con indiferencia y hasta con recelo las imposturas de un afuera patriarcal. El campo es femenino, abierto, insondable, generoso; la ciudad es masculina, en ella se viven las luchas por el poder e irrumpe la civilización con sus normas y alienaciones para quien no las acoge.

Si mi infancia fue feliz; si mi infancia me llama y me sonrío de continuo a través de los años, es porque transcurrió libremente en plena naturaleza y porque tan libre transcurrir iba no obstante encauzado como van los ríos (...) Nuestros juguetes preferidos los fabricábamos nosotras mismas bajo los árboles con hojas, piedras, agua, frutas verdes, tierra, botellas inútiles y viejas latas de conservas (96 -97).

En la novela de Teresa de la Parra el espíritu infantil expresa la nostalgia por ese mundo primario, donde las mujeres le dan gozo al paisaje natural, con una libertad esencial que brilla, sin presiones sociales, ni prejuicios de género. Al estar alejada de los centros donde se diligen el poder, la Hacienda Piedra Azul parece flotar por fuera del tiempo, es un *Ánima* de tierra edificada para jugar y crecer lentamente. El influjo de la cosmovisión propia de la sociedad burguesa, y su patriarcalismo avasallante, no alcanza a llegar a Piedra Azul. Este precioso cuadro de costumbres, relatado por Teresa de la Parra, con la franqueza y la emoción de una niña que se deslumbra con las maravillas de la naturaleza; la sencillez y humor de las anécdotas, la pulcritud de su lenguaje, mucho más vivo y melodioso, nos hacen descubrir que en el pequeño mundo de las niñas – mujeres, hay una generosa forma de vivir.

Sororidad para la esperanza

No hay duda de que Mamá Blanca es una niña. Es ella misma la que entra un día por su puerta entre abierta y se da a la tarea de curiosear los detalles de esa casa donde ha vivido durante tanto tiempo. Es ella la que se ve con la cabeza coronada de nieve, mojando galletitas en el chocolate y se satisface de que, por fin, pueda hacer honor a su nombre: Blanca Nieves. Mama Blanca se quedó niña desde siempre. Por eso su hermana Violeta se burlaba de sus meditaciones, de sus mundos trazados

Elizabeth Vejarano Soto

por palabras fantásticas y la llamaba “boquiabierta”. Y así, con la boca abierta, en permanente asombro y alegría, Blanca Nieves atraviesa el umbral y se encuentra con la anciana de casi setenta años que ella misma es y que pronto morirá. Como un par de aventureras, Blanca Nieves y Mamá Blanca, se enlazan en una amistad, ya de por sí perpetua en los recuerdos. Como todas las mujeres, Mamá Blanca ha extendido un silencio de mujer hasta sus últimos años y, como algunas mujeres, ella quiere dejar la huella intemporal de los felices días en los que fue Blanca Nieves, relatando esos primeros años vividos y revividos en la memoria y nunca abandonados, por fe a la juventud del alma y por instinto de supervivencia.

Me dolía tanto que mis muertos se volvieran a morir conmigo que se me ocurrió la idea de encerrarlos aquí. Este es el retrato de mi memoria. Lo dejo entre tus manos. Guárdalo con mi recuerdo algunos años más (12).

La escritura íntima de las mujeres, como sucede en *Las Memorias...* y en la novela *Ifigenia* de Teresa de la Parra, fluye a causa del hambre que sobreviene después de un largo silencio repetido y estancado en las paredes de las casas y que retumba en el corazón de las mujeres, manteniendo su sordo latido detrás de las cosas. Un amuleto para la libertad es cada hoja escrita por una mujer como testimonio de su vivencia personal, un grito en lo profundo de la historia también son estos diarios íntimos que reúnen el retrato vivido de una época, que ha sido descrita siempre desde la mirada patriarcal, sin darle eco a la voz femenina. Pero estas mujeres escritoras jamás pensaron que sus letras fueran literatura y muchas de ellas dejaron guardados los diarios en sus cómodas, hasta que el tiempo los carcomió o alguien los leyó para el bien de los tiempos venideros:

Mamá Blanca escribía con el gracioso abandono de esos autores cuyas hojas de libro corren ligeras sobre los años y nunca se marchitan. Tal observación la había hecho ya más de una vez, leyendo sencillas cartas de personas que jamás aspiraron entrar en el templo solemne de la literatura (...) (12).

Esa niña que se sienta frente a Mamá Blanca para escuchar historias de viejos tiempos es la proyección de su infancia permanente que, no obstante, guarda toda la sabiduría de la vejez. La pequeña Blanca Nieves ha trascendido el instante. En ella están todas las niñas y las abuelas, los pasados y los futuros de las mujeres que amaron su infancia y hoy cobijan con ella su ancianidad. Con respecto a su amistad con Mamá Blanca, la niña dice: *No creo, por lo tanto exagerar al decir no sólo que la quería, sino que la amaba y que como en todo amor bien entendido, en su principio y en su fin, me buscaba a mí misma* (7).

La primera relación Sorora de una mujer la tiene con su abuela. Generalmente en ella no pesa la presión de la crianza que sí tiene la madre. En su vejez, cuenta con todo el tiempo necesario para tejer y destejer la historia de su vida, por la que ha corrido el ímpetu de la sangre que nos nutre. En su paso por los años, cada abuela ha escalado un peldaño en honor a nosotras, a las pequeñas Blanca Nieves que venimos detrás. Son las amas de sus hogares: hay paredes que ellas han pintado, goteras que han tapado y manteles que han tejido; deciden lo que se come y los comensales que se sientan a la mesa. La riqueza del cotidiano en la casa de las abuelas proviene de sus secretos guardados con celo en los rincones o en los cofres. Porque la relación Sorora con la abuela tiene por escenario principal su casa, donde los colores y los olores de los objetos cobran un significado trascendental, por los muchos años que han compartido con ella, ubicados en el mismo sitio:

Mira, estas margaritas son unas niñas coquetas que les gusta presumir y que las vean con su vestido de baile bien escotado... las violetitas de esta orilla del patio viven tristes porque son pobres y no tienen novio ni vestidos con qué asomarse a la ventana (...) (15).

Mamá Blanca va cantando de qué color son los pétalos de la flor que mañana algún hombre deseará arrancar. Es la abuela una arboleda donde se va a descansar del presente, es un manantial de respuestas y de acertijos, son sus ojos de arena mojada los que ven nubes sin auroras, pero contemplan los veranos que saltan en el corazón de sus nietas pequeñas o perciben los breves ocasos de las casadas y de las solteras. A las últimas, les contará su historia de amor y nadie notará que entre

Elizabeth Vejarano Soto

las ondinas de piel que enmarcan su mirada como un mar apaciguado, se encajan algunas lágrimas de nostalgia. ¡Ella sí que vivió tiempos difíciles!, y por eso tiene toda la sabiduría para advertirlo a sus hermanas con: ... *el más estupendo temperamento de artista y una exquisita, sutil inteligencia, que más aún que en los libros se había nutrido en la naturaleza y en el saborear cotidiano de la vida* (9).

Ella sabe que las hermanas pequeñas no han estrenado una lágrima de verdadero dolor y, cómplice de ese gozo que sienten las niñas por el sólo hecho de existir y porque todavía creen en el ángel de la guarda, les lanza su amor en forma de evocadas narraciones, que parecen brotar de su garganta como historias maravillosas aún vivas.

Para mis pocos años, aquella larga existencia fraternal, en la cual se encerraban aventuras de viajes, guerras, tristezas, alegrías, prosperidades y decadencias, era como un inmenso museo impregnado de gracia y melancolía (9).

La Sororidad de la abuela se refleja en la donación generosa de su sabiduría. Marcela Legarde dice que la Sororidad:

...está basada en una relación de amistad, pues en las amigas, las mujeres encontramos a una mujer de la cual aprendemos y a la que también podemos enseñar, es decir, a una persona a quien se acompaña y con quien se construye (Legarde, 1997).

Cuando, soterradamente, la ideología patriarcal moderna y su organización social ha llevado a que las mujeres sean enemigas de las mujeres, cuando hay intolerancia y poca solidaridad con las ancestras y con las contemporáneas, resulta vital hacer una ruptura de fondo y empezar a crear lazos estrechos entre las mujeres para consolidar proyectos comunes de culturización desde lo femenino. En la novela *Las Memorias...* vemos a una Mamá Blanca sola y rechazada del ambiente familiar de sus hijos, por la exclusión generada entre las nueras; mujeres jóvenes que han sido beneficiadas por cierto beneplácito de un sistema que va cediendo, conforme un objetivo: que haya madeesposas más capacitadas, madresposas cosmopolitas, pero al fin de cuentas madresposas.

...se acepta que las mujeres estudien, trabajen o hagan política mientras lo hagan femeninamente por los otros (...) Se trata de que las mujeres no pretendan abandonar lo doméstico ni a los otros, sólo así se les permite que hagan el resto (Legarde:130).

En la novela podemos apreciar este contraste de tipos de madresposas, que van cambiando con el ritmo de los tiempos, pero encasilladas en una ideología patriarcal idéntica:

Las nueras de Mamá Blanca, muy unidas entre sí, gracias a la necesidad absoluta de vivir rivalizando, educadas casi todas en Europa, (...) y se avergonzaban con discreción de aquella suegra que vivía en una casa con pisos de ladrillo (...) que, por otro lado, ni era inteligente, ni era instruida (9).

Es importante tener conciencia de este fenómeno de negación entre las mujeres, pues en el contexto de la reivindicación de una mirada femenina “una golondrina no hace verano”, como reza el argot popular. Suelen verse manifestaciones de envidia, celos, odios entre las mujeres y las mayores son vigilantes de las menores, para que se cumplan las condiciones del estereotipo de mujer patriarcalmente aceptado. Entre los cánones de dicho estereotipo se encuentra el hecho de que las mujeres ancianas son un estorbo... Mamá Blanca lo dice con dolor: “*Los viejos estorban*” (9) De cara a esto Marcela Legarde expresa: “*La desvalorización de las mujeres menopáusicas responde a que son la negación corpórea de los atributos considerados naturales universales de la categoría de la mujer (...)*” (205) Al no poder concebir más hij@s y necesitar que otr@s se donen a ellas y se preocupen por su cuidado, más de lo que ellas humanamente pueden hacer en correspondencia, muchas abuelas están encerradas en ancianatos, solas en sus casas o deambulando por las calles. La sociedad, encarnada en sus hijos, familiares y en los ojos de los que las miran con simple compasión, no les perdonan que hayan perdido los atributos que legitiman su función social y real: “*simbólicamente sus cuerpos incómodos ya no son fértiles y ponen en evidencia la falacia del mito*” (Legarde, 1997: 791). Es la leyenda de la mujer ideal, madresposa fecunda eternamente.

Siendo la maternidad y la conyugalidad la realización del estereotipo positivo de la mujer, debido a su incompletud (que la motiva necesariamente a donarse a otros) y por su fertilidad en los albores de la juventud (que la dota de las cualidades físicas para procrear y ser madre enteramente y cuantas veces sea necesario), ...*las mujeres pueden ser plenas cautivas en el pasado, en el presente o en el futuro, a lo largo de su ciclo cultural de vida* (Legarde, 1997 : 790).

Mamá Blanca, curtida por este modelo de mujer, anima a que una niña sea creadora de sí misma y libre. Cuando le está enseñando a tocar el piano le dice: ...*porque en mi tiempo hijita, no se usaba aprender con fundamento. Aprende, aprende tú para que me gobiernes en las notas, no vengan ellas a gobernarte a ti* (11).

Con esta metáfora, Mamá Blanca expresa la contundencia de que la mujer ejerza un gobierno sobre sí misma y sobre su cuerpo; y para ello debe salir del círculo vicioso de la madresposa, promoviendo nuevas alternativas de ser mujer, sin dejar de serlo. Se aspira a que la mujer pueda practicar la *maternidad basada en el manejo de la propia fecundidad y maternidad de hijos de distintos cónyuges, mundos domésticos diversos no siempre organizados familiarmente en los que cada vez más mujeres viven solas con sus hijos* (Legarde, 1997: 811); y sin el menoscabo de su valoración simbólica entre los otros: las demás mujeres y los hombres. El relato no nos cuenta qué pasó a fondo con esta niña, que guardó las memorias de Mamá Blanca, para luego sacarlas a la luz pública; sin embargo, una vez hecha mujer, ella conservará el gran ejemplo de las silenciosas trasgresiones de aquella anciana, con su espíritu de mujer libre y alegre, que hasta en su relación con Dios rompía los esquemas de la mirada patriarcal: *Pero el Dios de Mamá Blanca no se indignaba nunca ni era capaz del menor acto de violencia* (10).

El gozo para la religión cristiana conduce al pecado. La Virgen María es la mujer que en la tierra reemplaza a Eva y, con su innato dolor, trata de purgar el error cometido por la primera madre. Dios ha dictado el sacrificio que deberá cumplir cada mujer: el sufrimiento debe ser vivido con esperanza, entregándolo al Señor, como señal de fe. Mamá Blanca no es víctima de esta lúgubre tradición, pues para ella Dios:

...presidía sin majestad un cielo alegre, lleno de flores en el cual todo el mundo lograba pasar adelante por poco que le argumentasen o le llamasen la atención, haciéndole señas cariñosas desde la puerta de entrada (10).

Todas las enseñanzas que se reciben en una relación Sorora con la abuela son de contundente beneficio para las nuevas generaciones, pues estas levantan velas a partir de la sabiduría que deja la experiencia ya vivida, resumen un tramo del camino y alientan búsquedas hacia mejores posibilidades de condición. Luisa Posada Kubissa (2005), en su texto *Pactos entre Mujeres* explica lo que es la Sororidad:

La conciencia femenina de su sometimiento dentro de la estructura patriarcal y la revuelta ante el mismo recibe un nombre inicial: “sororidad” (...) El feminismo de los setenta insistía en la opresión común sufrida por todas las mujeres, más allá de las diferencias de clase, raza, religión o cultura. Todas las mujeres eran hermanas bajo una misma dominación y una esperanza de lucha (13).

La Sororidad, como una tendencia femenina de orden simbólico, por medio de la cual las mujeres separan sus vivencias de la hegemonía masculina y forman sólidos círculos entre sus pares, transformando la mirada que tienen de sí mismas y de las otras, compartiendo discursos, vivencias y proyectos, además de apropiarse de una renovadora estima personal y fortaleza, es una realidad atemorizante para cualquier hombre. Pocos soportan los subgrupos femeninos que se presentan en las relaciones informales. Y, para aniquilarlos a través de valoraciones peyorativas, los varones los han tildado de reuniones para el “chismorreo”. Pero no es así. Las mujeres nos buscamos y nos encontramos. Todo lo que cargamos en común nos hermana sin fronteras no obstante, a estos encuentros habremos de darles trascendencia social y espiritual, cada vez que sean para la verdadera solidaridad y el aprendizaje constante, que entre unas y otras se vaya adquiriendo, desde la comunicación sincera y la reflexión. Teresa de la Parra, en *Las Memorias...* describe ese mundo de hermanas que crecen juntas, que lloran juntas, que aman juntas, como una metáfora de las condiciones ideales en las que deben

permanecer las relaciones Sororas entre mujeres, para el verdadero cambio de paradigma social y cultural. De todos modos, el paraíso de Piedra Azul está siempre amenazado por la oscuridad de la ciudad burguesa y su estereotipo de vida civilizada y de madresposa consagrada. En la realidad, la lucha de las mujeres que deciden hacer un proyecto político diferente con su cuerpo y con su existencia sufre múltiples intimidaciones de los actores sociales, entre los que se encuentran las mismas mujeres.

La Sororidad es un motivo de esperanza, es una clave para no claudicar en la lucha. Pero hay que ser conscientes de que, de cara a estos pactos entre hermanas que se van consolidando, se fraguan planes para corromperlos en el terreno del odio: los estereotipos de belleza femenina y las luchas por alcanzarla, son algunas de las estrategias para revertir la Sororidad. Recordemos la pelea que tienen Blanca Nieves y Violeta, por la burla que esta última le hace a la pequeña Blanca Nieves quien, motivada por su madre, ha combatido contra la naturaleza para ser tan crespa y tan bella como en la época se esperaba, pero no lo logra. Muy déspota, Violeta se atreve a decirle “María Moñitos”, debido a que Blanca Nieves vivía con la cabeza llena de rulos para que se le formaran crespos, después de una larga tortura frente al espejo. No obstante, al final de la pelea, cuando viene el castigo para Violeta por haber ofendido gravemente en su amor propio a la hermana, todas las niñas se unen en un solo coro de llanto, se solidarizan, comprenden que el castigo de una les duele a todas y nos enseñan, con la transparencia y la ternura de las letras de Teresa de la Parra, lo que es la verdadera Sororidad para la esperanza.

El auto de fe seguía su curso cruel. En su inclemencia Mamá era el gran inquisidor; Evelyn era el verdugo; yo, el infame delator y Violeta (...) el pobre hereje que se achicharraba ante las miradas infamantes del público (...) ya no pude más, me venció el remordimiento (...) yo también levanté el pecho para darle salida a los sollozos que se atropellaban (...) El barullo era horrible. La única impávida parecía ser Mamá, pero estoy segura de que también tenía unas ganas violentas de romper a llorar (45-46).

Cualquier episodio de Sororidad puede abrirse a la esperanza con la frase de la profesora Carmiña Navia (2003), tomada de su poema *Universo / Mujer: Y la sororidad nació sobre la tierra y aleteó sobre el caos*.

Al final en la novela de Teresa de la Parra entrevemos a estas niñas, enfrentadas con desengaño al sistema patriarcal, una vez dejada la hacienda del ensueño de la primera infancia. ¿Cuál será la calidad de su destino en la gran ciudad?; sabemos que hay lazos que las unen, que sobrepasan la consanguinidad y parecen hacerse perennes en las mujeres de su generación.

La figura del padre

En este mundo femenino que, durante su estancia en la Hacienda de Piedra Azul, ostenta todas las edades y razas (también están las sirvientas y las niñeras), el padre de las niñas no tiene más remedio que plantearse en una actitud invisible, notablemente inconforme por el aquelarre de las risas y la libertad que lo ronda en el aire lleno de crespones y cintas de colores. El papel del padre ausente, deseoso de un hijo varón que sostenga el honor del apellido, herede y fructifique lo heredado, es un tema que ha puesto a prueba la dignidad de cualquier patriarca. “¡Nació varón!”, exclamaban las multitudes cuando sabían que se habían parido al descendiente. María A. Banchs (2000) explica que en las sociedades primitivas empieza a florecer el patriarcalismo, debido a la fortaleza que toman los hombres después de las guerras vencidas y los terrenos ganados en donde, además, se apropiaban de las mujeres de los dominados, formando harenes. Otra cuestión radical para el patriarcalismo surge en el momento en que los hombres toman conciencia de la paternidad y de su función sexual en la procreación². Convencido de su hegemonía, el padre aspira a tener más hijos varones que mujeres: eran tiempos de constantes luchas por territorios, riquezas y legitimidad, que sólo aspiraban a ganar los hombres con su fuerza física y su experiencia en la caza de grandes bestias salvajes. Este es otro de los discursos que

² María A. Banchs en su texto dice que, para ello, los hombres tuvieron que observar a las hembras de sus hordas de animales domesticados las cuales, mientras que no estuviera el macho en el grupo, dejaban de dar crías.

ha sesgado genéricamente al hombre y a la mujer: la imagen del que sale a cazar, mientras ella se queda recogiendo los frutos de su espera en la tierra, llevando en su espalda a los hijos. La ciencia antropológica, ejercida por hombres (sobre todo en el siglo XIX), ha sentenciado que la evolución humana dependió de esa labor de caza y que la mujer era pasiva y sólo aguardaba, haciendo labores menores en el sitio de habitación, pasando por alto que la dieta de las comunidades se fundamentaba en lo que provenía de la recolección.

Otro de los factores para que se prefiriera la llegada de hijos hombres, lo constituía la susceptibilidad de las mujeres para ser raptadas o violadas por los enemigos dentro de ese orden patriarcal del mundo y se les veía como un territorio en el que ellos tenían soberanía: *...ellos requerían sobre todo tener hijos; las hijas, destinadas a la migración interclánica, eran menos deseadas.* (Banchs, 2000)

Por eso y ante el “error” de la llegada de una niña tras otra a la familia, la madre de Blanca Nieves se ve sometida a una extenuante carrera de alumbramientos, en busca de aquel varoncito que ocupe el lugar merecido en el árbol genealógico. He aquí la tarea de la mujer como máquina de procreación, víctima de una enfermedad patriarcal, donde el marido usurpa el cuerpo de esta como si lo hubiese comprado en una feria, hasta sacarle el provecho necesario; lo mismo que a un esclavo se le somete a trabajos forzosos hasta obtener la última gota de su sudor. Pero nunca escuchamos a la madre de Blanca Nieves quejándose por sus viajes a Caracas, *cada quince o dieciséis meses, para regresar al cabo de tres semanas de ausencia (...) con una niñita nueva en la calesa de vuelta (...)* (22) Será porque en este juego de incompletud y plenitud de la madreposa fértil y preñada, que da a luz, hay una concepción arraigada, llena de connotaciones positivas, para esa mujer vulnerable ante todo gesto de fustigación social, con respecto a su labor de entrega a los otros.

La figura del padre y su imperio absoluto (domina, juzga, castiga y decide sobre el destino de sus familiares), tiene su origen en tres aspectos: el político, el filosófico y el teológico. Para centrarnos en este último y ubicándonos en el credo preponderante en Latinoamérica, vemos cómo a lo largo de la historia se ha hecho una interpretación patriarcal de la

palabra de Dios y, en ese sentido, se ha impuesto una manera de ver el mundo:

En el caso de Francia la Iglesia tuvo hasta el fin del siglo XIII un impacto favorable que se tradujo en la concesión de derechos a la mujer, atenuándose el poder paterno en la alta edad media. Estos derechos desaparecen para ella dos siglos más tarde con el desarrollo del Derecho Romano en Francia y, posteriormente, en los siglos XVI al XVIII, se refuerza la autoridad paterna, por el absolutismo político (Banchs, 2000).

El modelo patriarcal por excelencia se ha malinterpretado desde el libro del Génesis, cuando dice que *Dios sopló en el rostro del hombre un soplo de vida, y se convirtió en alma viviente (...)* Entonces, el hombre dotado de alma cede una de sus costillas para que nazca la mujer; ella no recibe el mismo soplo del Padre, es un cuerpo moldeado y complementario al del hombre para el fin de la procreación. En principio, la mujer depende del padre y cuando no, le pertenece a su marido (Números 30:4-16). Con base en esta perspectiva, el dominio del padre en la esfera doméstica no se pone en cuestionamiento. El padre pasa a ser el Dios del hogar, una deidad casera con toda la legitimidad para moldear la vida de sus seres queridos.

En la novela encontramos que se ilustra muy bien esta imagen del padre: *Desde el principio de los tiempos, junto a Mamá, presididas por Papá, especie de deidad ecuestre con polainas, espuelas, barba castaña y sombrero alón de jipijapa, vivíamos en Piedra Azul (...)* (18).

La política tampoco puede ser más patriarcal, ya que en ella los hombres se han atribuido sabiduría para crear leyes y ejercer el poder; en pocas palabras, la divinidad y la autoridad juntas están en el poder político. De esta manera el poder político se respalda en el discurso teológico. Los absolutismos, las colonizaciones son recursos políticos masculinos que, en todos los tiempos, han fracturado la historia de las mujeres y la de la humanidad entera. El sometimiento de la mujer y de las hijas e hijos al padre ha sido políticamente aceptado. Por ejemplo, Napoleón encontró apropiado que en su código civil se insistiera:

Elizabeth Vejarano Soto

...en incluir que la esposa al casarse acepte públicamente su deber de obediencia al marido. Dos argumentos sirvieron a Napoleón para justificar el poderío del marido: la invalidez de la mujer y la necesidad de que la familia tuviese un jefe único (Banchs, 2000)

Los hombres han escrito con su sangre que la mujer es incapaz de valerse por sí misma, olvidando que esa sangre se deriva de la vida de una madre que también es mujer. El signo de la incertidumbre, ese que siempre nos ha perseguido en busca de nuestra identidad y de nuestra verdad como seres humanos, es natural a hombre y a mujer, como la misma muerte. Voltaire (1901), en su *Diccionario Filosófico*, revela las preguntas recurrentes por el alma:

No contamos ni con un solo escalón donde afirmar el pie para llegar al vago conocimiento de lo que nos hace vivir y de lo que nos hace pensar. Para poseerlo sería preciso ver cómo la vida y el pensamiento entran en un cuerpo, ¿Sabe un padre cómo produce a su hijo? ¿Sabe la madre cómo lo concibe(...) Débiles autómatas, colocados por la mano invisible que nos gobierna en el escenario del mundo, ¿quién de nosotros ha podido ver el hilo que origina nuestros movimientos?

Hombres con alma y mujeres desalmadas, no hacen más que preguntarse por su ser y por su estar, desconociendo los subterfugios de esa esencia y constreñidos a discursos hegemónicos para definirse entre unos y otros.

Dios ha sido bueno con nosotros y esa bondad del padre para con sus hij@s la hemos trasladado a las imágenes del padre político y del padre del hogar. Tal vez por eso apenas ahora se ha puesto en tela de juicio la autoridad absoluta del padre en las esferas públicas y privadas.

En la sociedad patriarcal, el padre es ausente en la vida de sus hijas. Las que se quedan en Piedra Azul avivando el calor del hogar son las niñas y las mujeres que las rodean. Don Juan Manuel se va y regresa, tan intermitentemente, que su poder se desmaya por ratos como el pabilo de una vela derramada.

Blanca Nieves comenta la apesadumbrada relación con ese padre que no valora su presencia femenina, ni la de sus hermanas, en el hogar. El padre está disgustado, de mal humor y ella cree ser la causa de ese

malestar diciendo: “*La gran desobediencia tenía lugar el día de nuestro nacimiento*” (22). Don Juan Manuel soñaba con un hijo que llevara su nombre: manifestación clara del patriarca que ha de sembrar su semilla en el nuevo heredero. La falocracia se va contagiando entre los seres humanos y con su vara se mide la valía de hombres y mujeres, por medio de discursos internalizados de tal manera que no son sometidos a discusión y “*se constituyen en materia viva del consenso social a la sexualidad dominante, hito de la hegemonía social y cultural*” (Legarde, 1997: 795). Mamá Blanca conserva en su memoria la queja de Blanca Nieves, limpia todavía de la legitimación patriarcal y por ello capaz de rechazar el silencio de don Juan Manuel, quien vive “... *aquella inundación florida*” de sus hijas con un gesto de resignación, parecido al de cualquier enfermo terminal que no espera nada de la vida:

...tu perdón silencioso era una gran ofensa, y, para llegar a un acuerdo entre tus seis niñitas y tú, hubiera sido mil veces mejor el que de tiempo en tiempo les manifestaras tu descontento con palabras y con actitudes violentas (23).

Es posible que Blanca Nieves busque la violencia patriarcal, como motor para violentarse y sacar el repudio que tan a fondo siente por esa actitud del padre. Pero, como muchas mujeres, no pudo expresarlo; ella también enmudeció y tuvo que esperar hasta el final de sus días para manifestar ese dolor en sus Memorias. La diatriba para el padre es realmente una afrenta contra la ideología hegemónica patriarcal, que a través de esta figura ejerce todo su poder. Mamá Blanca habla por sus hermanas, ya que en las relaciones Sororas se comparten las tribulaciones y seguramente ellas disertaron el tema del padre en sus íntimas conversaciones.

Aquella resignación tuya era como un árbol inmenso que hubieras derrumbado por sobre los senderos de nuestro corazón (23).

Las niñas ven partir la arrogancia del padre montada en un caballo de color caramelo; en pago por ese silencio, su adiós es tan escueto como cualquier caricia aplazada. Es un padre con rodillas demasiado angostas para que se sentaran sus seis hijas a escuchar historias sobre las batallas del Libertador, un padre con un corazón enajenado desde los

tiempos sin memoria, cuando las huestes de una ideología ensangrentada por la virulencia y las ansias de poder, silenció todo lo femenino.

De hecho, este padre debe compensar el anhelo del hijo varón y toma a la hija que tiene rasgos más masculinos: Violeta, opuesta a la flor cándida que representa su nombre, es violenta, racional, guerrera, suspicaz, arribista y simboliza el espíritu positivista de la época: *En sus ojos brillantísimos, sombreados por una lluvia de crespos negros, se asomaba atrevido el sarcasmo y en su varicita chata se albergaba la insolencia cuando no se albergaba la agresión* (39).

Las características del estereotipo de feminidad, hegemónicamente trazadas, son las que nos hacen ver en contraste a Violeta como un típico “muchachito” o lo que, en palabras de la gente del común, sería una niña “machona”. Don Juan Manuel se divierte y celebra las aventuras de aquella niña, los golpes que se daba con otros, sus dotes para tirar piedras o subirse a los árboles y con ello compensa, por momentos, la infelicidad de sentirse solo en medio de tantas mujeres:

Yo creo que dentro del cuerpo de Violeta se alojaba el espíritu de Juan Manuel el Deseado, y era ésa la razón poderosísima por la cual él no podía nacer: hacía seis años que andaba por la tierra disfrazado de Violeta. El disfraz inadecuado lo encubría tan mal que todo el mundo lo reconocía. Papá el primero; por eso de tiempo en tiempo lo saludaba alegremente con carcajadas (39).

Resulta vital comprender que el papel del padre en la historia de la familia se define más por su ausencia que por su presencia y que el modelo representativo de familia venezolana, como lo enuncia María A. Banchs (2000) (citando un estudio del padre Salesiano Alejandro Moreno), es el de madre – hijos, no en una estructura matriarcal, sino matricentrada. En América Latina se vive una situación de patriarcalismo que se ejerce de puertas para afuera de la casa, con una colonización de la identidad y de la mirada de los seres humanos desde la ley del padre, que los ha separado. En la intimidad del hogar, es la mujer sola la que propende por la estabilidad de su grupo familiar, la que le da tono a los valores y a los hábitos que los pequeños empiezan a ejercitar, la que promueve la educación y la nutrición de los hijos, contando también con que, en muchos

casos, la madre hace las veces de proveedora de los bienes materiales de la misma familia. En la novela *Las Memorias de Mamá Blanca*, la ausencia del padre se relaciona con una cuestión netamente ideológica, que se justifica en el hecho de que el ambiente doméstico le concierne a la mujer. Un hombre metido en las labores del hogar podría contaminar su virilidad y ver mancillada su imagen frente a los otros. Marcela Legarde ilustra muy bien esta situación diciendo:

Los hombres temen que sí cuidan a los niños o hacen la comida dejan en alguna medida de ser hombres (...) por eso los hombres que hacen cosas de mujeres se les considera mujeres. En el lenguaje patriarcal cotidiano significa que ya no son hombres, son putos (Legarde, 1997: 800).

El modelo de convivencia madre-hijas que se ve en la novela, también permite deducir los tabúes prescritos por la religión y la moralidad de la época, que rezan la costumbre de que los padres deben estar siempre alejados físicamente de sus hijas mujeres, para evitar el posible y temible incesto. Don Juan Manuel es un buen proveedor y suponemos que sus constantes salidas obedecen a temas de negocios, aunque de hecho encontramos en él a un hombre un tanto caótico, que se cree médico y pierde la cabeza fácilmente por hechos que no lo merecen, como las argucias sanadoras de Vicente Cochocho con su sabiduría ancestral y los juegos de las niñas en casa. La madre es igualmente una mujer abandonada, el marido es una figura que deambula por la hacienda como un fantasma, pero que no representa compañía, ni amor, ya que no se comprueban momentos de encuentro entre doña Carmen y don Juan Manuel, diferentes a los que se dan por supuestos cuando él busca la manera de “asestarle” un nuevo embarazo, para ver si esta vez nace el varón. Alejandro Moreno (1995), en su estudio sobre la familia venezolana, expone que la ausencia del padre “*significa como vacío no colmado, como ausencia. Como tal, es objeto de deseo - frustrado- y de rechazo. Amor y odio en conflictiva ambivalencia. Demanda añorante, reproche y alejamiento*”. Por ello, Blanca Nieves se sigue lamentando y sus días estarán marcados por esa ausencia, con la misma rabia con la que siendo ya Mamá Blanca y muy cerca de la

Elizabeth Vejarano Soto

muerte le dice a ese padre, en un tiempo presente, que deja los hechos como si no los hubiese borrado el tiempo:

Por eso no te quejes si, mientras te alejabas bajo el sol, hasta perderte allá entre las verdes lontananzas del corte de caña, tu silueta lejana (...) no venía a ser más sensible a nuestras almas que la de aquel Bolívar militar, quien a caballo también (...) dirigía con arrogancia todo el día la batalla gloriosa de Carabobo (23).

Semejante a la sentencia arbitraria de la feminidad, los hombres están en una condición de masculinidad que debe pesarles. Habría que ponerse en el lugar de todos aquellos padres, quienes en su intimidad sienten deseos maternales y que son cohibidos por una ideología genérica patriarcal insensata, que desde siempre los ha obligado a ser fuertes, a no llorar, a no expresar, a defender, a matar, a vengar, a colonizar. No sobra creer que los hombres ausentes de la familia, dedicados a los negocios, al alcohol, a los juegos de azar, a las diversiones que se enredan con la muerte, a la promiscuidad, para demostrar su hombría, se han arruinado a sí mismos y han derrochado fortunas enteras, sin sembrar un capital amoroso de estabilidad, en la palabra y en la caricia, como sí lo hace la madre. En la ancianidad, estos hombres muy varones, por lo poco amorosos y porque han descuidado a sus familias, terminan solos, muriendo por enfermedades que son el resultado de sus excesos. Frente a esto recordamos los hallazgos de Humberto Maturana en su libro *Formación Humana y Capacitación (1997)*, donde realiza una conceptualización muy innovadora para explicar los orígenes del ser humano y del pensamiento. En el apéndice de este libro llamado *El Origen de lo Humano*, Maturana establece una diferencia entre el animal cooperador y el animal político, como un punto de quiebre en lo que vendría a ser el humano y su oposición con el chimpancé. En primer lugar, el autor nos habla de la *Neotenia* como la expansión de las características de la relación materno-infantil en la edad adulta; esto incluye todos los rasgos propios del chimpancé en un periodo de infancia: necesidad de cuidado para sí y cuidado del otro, confianza mutua, amor, respeto. El linaje de chimpancés que dio origen al ser humano desarrolló la *Neotenia*, es decir que conservaron estas características materno-

infantiles después, en la edad adulta, convirtiéndose en animales cooperadores y dando lugar a la formación de las primeras parejas de macho y hembra que convivían establemente.

Esta diferencia entre nosotros – seres humanos – y los chimpancés no son racionales, no pertenecen al dominio racional, pertenecen al dominio emocional (Maturana, 1997: 99). En este sentido, podemos comprender que la madre como dadora de la vida, del amor y del cuidado de los infantes, en general de todo lo necesario para su desarrollo, es el eje de la emotividad humana y de una existencia centrada en la cooperación y en la comunicación.

De allí se procede el principio de las familias y, por lo tanto, del avance hacia formas comunicativas humanas más perfeccionadas que las de otros animales, en tanto devienen de patrones de socialización comunitaria, consensualidad y convivencia amorosa, más que de procesos instintivos o actos ejecutivos³.

En el emocionar de la madre los seres humanos evolucionamos, con base en una forma de comunicación que Maturana llama Lenguajear:

De hecho, proponemos que el lenguajear como una manera de convivir conservada generación tras generación en el aprendizaje espontáneo de los niños, comenzó hace unos tres millones de años atrás entre nuestros ancestros como un simple resultado de la intimidad de su vivir juntos en pequeños grupos como recolectores que compartían la comida en la sensualidad (Maturana, 1997: 105).

Maturana prosigue su teoría afirmando que otra casta de chimpancés continuó su proceso natural de vivir una relación amorosa y de confianza en la etapa materno infantil, pero una vez tenían edad para valerse por sí mismos, abandonaban el emocionar de la madre y se centraban en la ley del padre, centrada en relaciones de competencia, manipulación, desconfianza e instrumentalización. A estos, por sus características, el autor les

³ Manuel Martín Serrano en su texto *La Comunicación Animal*, define como acto ejecutivo a todo hecho de interacción, donde alter ejerce una fuerza sobre ego, para atraerlo o inmovilizarlo, pero sin que esto implique un proceso simbólico o de comunicación, pues no hay retroalimentación y ego no tiene la posibilidad de escoger o de tomar una decisión. Un ejemplo puede ser el de la inseminación entre ciertos animales que no desarrollan cortejo y se requiere un mero acto de fuerza para la conservación de la especie.

Elizabeth Vejarano Soto

llama *animales políticos*. Por la carencia de consensualidad en su convivencia, los *animales políticos* no desarrollaron ningún tipo de lenguaje evolucionado.

Un punto muy importante que destaca Maturana en su teoría es que esta manera de vivir en la emocionalidad y en el lenguaje de la madre no es una característica propia del sexo femenino, con lo cual aporta una mirada muy refrescante, por fuera de las remarcadas diferencias de género que la ciencia ha formulado:

Pensamos que la dinámica emocional que hace al macho humano cuidar de sus niños es también un rasgo biológico básico, no propio de una circunstancia no cultural, y que, como tal, es parte de nuestras característica neoténicas. El interés del macho por los niños y por jugar con ellos es una conducta juvenil en otros primates (Maturana, 1997: 103).

Al igual que los linajes, las culturas se mantienen y transmiten sus saberes sistemáticamente, generación tras generación, creando redes de significaciones y de convivencia. Entonces, podríamos preguntarnos, después de haber analizado todo lo anterior, por qué si el emocionar de la madre y la conservación de la relación materno - infantil nos permitió ser animales cooperadores -y por ello evolucionar como especie- seguimos con características tan marcadas del *animal político*, que le dan fundamento al sistema patriarcal. La ideología hegemónica patriarcal es el modelo de convivencia en el que viven los chimpancés, sobre la base de la discriminación, el sometimiento y el dominio. Maturana ve aún más preocupante la situación, pues:

La existencia política destruye la intimidad debido a que no está fundada en el amor y cualquier confianza que haya en ella es transitoria, debido a que es instrumental en el diseño político (...) La coexistencia política restringe la sensualidad, la ternura y la inteligencia, debido a que focaliza la atención principalmente en un solo tema fundamental, el de la dominación y el sometimiento (Maturana, 1997:117 -118).

Una forma de convivencia entre hombres y mujeres, desde un paradigma democrático, de igualdad sexual, política, cultural, le daría una

salud merecida a la sociedad y un mejor futuro a las nuevas generaciones, ya que se adelantarían verdaderas iniciativas de cooperación en torno a proyectos comunes, que demuestren que las relaciones de dominación patriarcal no facilitan la verdadera formación humana del ser.

Relación con la Madre

La Lengua Madre

Lo importante de esta escena de los rizos, en la novela *Las Memorias...*, es que no se queda en la experiencia estética y en la lucha por lograr cambiar la naturaleza de un cabello liso para parecer más bella, sino que detrás del ritual de los crespos surge un encuentro vital entre Blanca Nieves y su lengua materna. El romanticismo esencial de la madre de Blanca Nieves y su experiencia trascendente con la literatura, por medio de la cual llega a los mundos del conocimiento y de las aventuras que le han sido vedadas por su condición de madrepasa, es lo que ella le entrega a su hija en la palabra.

En el estudio de Alejandro Moreno, citado por María A. Banchs encontramos esta frase: *En la hija la madre se perpetúa, se reproduce la cultura y su sistema de relaciones afectivas* (Banchs, 2000).

El silencio histórico de las mujeres no ha sido un silencio inexpresivo, y tampoco ha sido un silencio sordo o resignado; ha sido mejor un silencio cargado de significados, de transparencias, de cadencias, donde se respira el mundo. En esos lugares del silencio profundo en los que se ora al viento, las mujeres han dicho muchas cosas: han compuesto versos e historias en la cocina, en el marco de la ventana o frente al espejo. Luisa Muraro, en su texto *La Alegoría de la Lengua Materna*, dice con respecto al silencio que

Todos aquellos a los que le faltan palabras testimonian con su silencio esta secreta pertenencia (...)", es el silencio " el secreto recurso de todos los discursos y de todas las palabras, posible gracias a la primera lengua, aquella con la que hemos aprendido a hablar (Muraro, 2000: 22).

Allí, en el silencio del espejo, se encuentran Blanca Nieves y su madre a contarse historias en la Lengua Materna, que es la lengua de la emoción,

Elizabeth Vejarano Soto

de la caricia, de la imaginación, de la vida. En susurros se narra mejor una historia. La mujer, tan invisible como creadora de mundos posibles, debe hablar lentamente, al oído de su hija, quien contempla en el reflejo los labios de bruma de la madre, perdidos en la vibración de los paisajes y de las aguas que van pisando, allí sentadas las dos, en el filo de su imaginación, entre papeles blancos y rizos laxos .

El peine entraba cantando en el pelo, ya escarmenado por la mañana, la voz llena de imágenes cantaba entre los labios y pronto, al doble reclamo, el alma rezagada y terca regresaba quedo, se posaba también en el espejo y como barca en el río, se dejaba llevar por el relato, dulcemente corriente abajo, entre dos orillas de amenos paisajes (34).

El silencio que crece entre la madre y la hija viene desde la estancia en el vientre, en el único mutismo limpio de la existencia, cuando la niñ@ es un relato que duerme vivo y cobra fuerzas para nacer.

Mientras la niñ@ apenas balbucea, mientras no hay palabra exacta para las cosas, la realidad es más excitante: un todo vacío puede volverse a llenar de sentidos y la verdadera poesía hace camino.

La infancia es la demostración más simple y directa de que nosotros hemos pertenecido al silencio y que el silencio precede las palabras y los discursos (Muraro, 2000).

Los momentos de ensoñación, cuando se cuentan cuentos, son privilegiados de silencio, pues allí la madre hace una sutil irrupción en el universo y le enseña a la hij@ las posibilidades que tiene para nombrarlo. La lengua madre siempre cantará en un tono silente y nos acompañará hasta la muerte, pues de su mano dimos los primeros trazos a la existencia. Blanca Nieves se vuelve poeta por su madre poeta... ese reflejo del espejo presente en la escena de la novela no es gratis: las dos se miran, la mayor se recuerda, la menor se construye.

Yo creo sin pretensión (...) que mamá fue un buen poeta. Sólo que en vez de delinear sus versos en páginas impresas, destinadas quizás a manos profanas, cosa que hacen casi todos los poetas, ella encerraba los suyos con gracia y originalidad en estrofas de crespitos (34 – 35).

El público que aplaude las obras de la madre está en la familia. Ella no pretende llenar escenarios; el teatro de lo doméstico es perfecto, en él le han enseñado a actuar. La madre de Blanca Nieves le pone a sus narraciones el toque de amor y placer necesarios para propagar la alegría en sus hijas, no hay dolor en ella por no haber sido considerada artista, su arte está consagrado a ellas.

En estas ensoñaciones entre mujeres no son necesarias las explicaciones lógicas del mundo. En los poros de la lengua madre se absorbe la esencia de la vida; allí las palabras no son máscaras, sino potentes figuras de lo invisible. Los sueños latentes permanecen sin gastarse en la palabra y luego emergen con la novedad de la imaginación:

Quiero que me cuentes hoy, Mamá, un cuento nuevecito, en donde salga un caballo blanco, pero que no me hallas contado ni una sola vez.

Mamá tenía que lanzarse a todo corres, memoria arriba, en busca de un cuento enteramente nuevo, al cual se le pudiera enganchar un caballo blanco (35).

Al leer *Las Memorias...* sentimos que Teresa de la Parra escribe una novela muy diferente a su anterior novela, *Ifigenia*. Pero nada más equivocado que decir que, por su tono inocente, *Las Memorias...* es una novela infantil.

Teresa de la Parra ha llegado a un punto de madurez espiritual y literaria y por ello nos puede entregar un mundo más sosegado que el de su novela *Ifigenia*, pero no por ello menos crítico y agudo en la inquietud feminista que ha atravesado su obra.

La escritora manifestó alguna vez que consideraba que su novela *Las Memorias de Mamá Blanca* era mejor que *Ifigenia*, tal vez porque sintió que había logrado escribir en la lengua de la madre o como le llama Luisa Muraro en *La Lengua de la Nutriente*, de un carácter sicótico y alegórico tan rico, propio de la primera infancia. Muraro cita a Roman Jakobson para explicar que *El niño pierde su idioma y nace al lenguaje, pero la mujer, que es siempre nutriente, lo conserva* (Muraro, 2000). Y así, muy nutrida, se siente la lectora de *Las Memorias*, al entrar en un paisaje hecho con palabras vivas. Más que un tono infantil, la novela tiene la magia del deslumbramiento y de la nostalgia; por eso

Elizabeth Vejarano Soto

en cada página hay una vibración positiva, una sonrisa que nos espera para hablar de lo bello, pero también de lo desagradable, haciendo una propuesta de mirada femenina detrás de lo que parece sólo aventura. No sentimos la elocuencia trasgresora de *Ifigenia*, el bullicio de su alma encadenada. Mamá Blanca es una mujer que nos enseña a vivir la alegría de lo presente y allí está su trasgresión: en que hay esperanza para la alegría de las mujeres que conservan su lengua y que se aferran a continuar mirando como mujeres, sin dejarse arrancar el hechizo de la infancia por un patriarcalismo racional, que destruye y minimiza lo sublime. La lengua madre de Teresa de la Parra está siempre celebrando la vida y se encumbra en un fresco romántico, que evade las luchas patriarcales por el poder, sostenidas durante tantos años de caudillismo en Venezuela. Su intención precisamente es mostrar la paz de una tierra cultivada femeninamente (Hacienda Piedra Azul), en contraste con los conflictos bélicos patriarcales, apenas esbozados en la figura de Vicente Cochocho, cuando se va a participar en las guerras civiles. Teresa de la Parra inicia su narración describiendo el origen del apodo de su protagonista, que provoca en el lector la idea del inicio de una aventura por los valles de la lengua viva:

Como los niños y el pueblo, por su ignorancia o desdén de las abstracciones, poseen la ciencia de acordar las cosas con la vida, saben animar el sentido de las palabras y son los únicos capaces de reformar el idioma, el nombre que describía a un tiempo la blancura del cabello y la indulgencia del alma fue cundiendo en derredor, con tal naturalidad, que Mamá Blanca acabaron diciendo personas de toda edad, sexo y condición (...) (5).

Una sensibilidad renovadora se pronuncia activamente en la literatura de Teresa de la Parra; ella ahonda en las raíces del lenguaje innato, el lenguaje de las primeras emociones y afectos, el lenguaje común, cuasi-oral, trastocando el orden de la palabra y de la realidad del padre. La propuesta literaria nos acoge en la lengua viva de la madre, esa que le huye a los recovecos simbolistas y decadentistas tan de moda en los círculos europeos y llenos de oscuridades. Entonces, la autora deja que un espíritu infantil pueble la narración, donde flamea el mito, el asombro,

donde es posible focalizarse en personajes que se salen del arquetipo y nos demuestran otras realidades: Vicente Cochocho, tan parecido a un piojo como lo advierte su nombre, está cargado de sabiduría, de nobleza, de filosofía y ciencia, pero ningún relato criollista de la época habría podido romper el paradigma del pobre y sucio campesino.

La nueva sensibilidad estética femenina que nos regala Teresa de la Parra exige un lector y una lectora subversiv@s, que quieran escuchar lo que no se ha dicho de aquellos personajes de la vida que no han tenido voz, ni protagonismos.

Es trascendental que Teresa le haya concedido relevancia a la presentación de una lengua florida, llena de expresiones musicales, que se acompaña de sonidos onomatopéyicos y de significados que desbordan las denotaciones.

Siendo la novela *Las Memorias...* escrita con un estilo muy cercano al romanticismo, por su tono melancólico, por la alusión a un pasado siempre idílico y por retomar el mito del paraíso, no es este un paraíso perdido, como lo diría Douglas Bohórquez (1995) en su texto *Del Diálogo de géneros y la melancolía*: es un paraíso abierto, posible, donde la melancolía es alegre por el pasado que alienta al presente en la esperanza. Teresa de la Parra no nos dice que hemos perdido la infancia, la felicidad y la libertad; nos dice que está vigente y latente en nuestra lengua madre, que nos pertenece y debemos saberla transmitir, como lo hizo Mamá Blanca, con su estilo de vida iluminador y su escritura, tanto a las mujeres y a los hombres, para sentar las bases de una nueva sensibilidad.

Elizabeth Vejarano Soto

Bibliografía

- Aguilar, Maria Eugenia (2000). “*Antropología y Género: breve revisión de algunas ideas antropológicas sobre las mujeres*”. En la Web: www.usc.es/smucea/Antropologia-y-Genero-Breve-revision-de-algunas-ideas-antropologicas-sobre-las-mujeres -
- Arouet, Francisco María (1901) *Diccionario filosófico de Voltaire*. Valencia, Prometeo. En la Web: <http://www.filosofia.org/enc/vol/vol.htm>
- Bachelard, Gastón (1982). *La poética de la ensoñación*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Banchs, María Auxiliadora (2000). “Jugando con las ideas en torno a las representaciones sociales...” En la Web: http://oai.saber.ula.ve/cgi-win/be_alex.exe?
- Bohórquez, Douglas (1995). Teresa de la Parra. Del Diálogo de géneros y la melancolía. Caracas, Monte Ávila Editores.
- Jung, Carl Gustave (1991). *Arquetipos e inconsciente colectivo*. Barcelona, Paidós.
- Kubissa, Posada, Luisa (2005). “Pactos entre mujeres”. En la Web: Mujeres en Red http://www.mujeresenred.net/news/article.php3?id_article=294
- Legarde, Marcela (1997) *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas y locas*. Méjico, Universidad Autónoma de Méjico.
- Maturana, Humberto; Nisis, Ima (1997) Formación humana y capacitación. Santafé de Bogotá, Tercer Mundo S.A.
- Moreno, Alejandro (1995). *El aro y la trama: episteme, modernidad y pueblo*. Caracas, CIP
- Muraro, Luisa (2000) *La alegoría de la lengua maternal*. Buenos aires, Centro de Documentación sobre la mujer.
- Navia, Carmiña (2003). El fulgor misterioso. Santiago de Cali, Facultad de Humanidades, Universidad del Valle, Colección Escala de Jacob.

Elizabeth Vejarano

Comunicadora Social – Periodista de la Universidad Autónoma de Occidente. Estudiante becada de la Maestría en Literaturas Colombiana y Latinoamericana de la Universidad del Valle. Docente de la Universidad Autónoma de Occidente y de la Universidad del Valle. Poeta.

Recibido: Septiembre 1 de 2008

Aprobado: Septiembre 26 de 2008